

cional del purgatorio; si la religión católica, repito, no ha podido acabar con el crimen, ¿qué hemos de hacer nosotros, sin más diablos que los gendarmes?

Pero la ley, en cambio, dentro de su modesta esfera humana, puede hacer algo para prevenir los delitos. El castigarlos con rigor, está muy bien; pero no basta.

Hurtaron un reloj á un caballero, que por curioso presenciaba cómo ahorcaban á un ladrón.

—Pero ¿no miras, infeliz— dijo al ratero— que por ladrón ahorcan á ese?

-- Pues eso mismo ha de ver usted. . . ¡á lo que nos exponemos!

Prevenir los delitos es mucho más eficaz que castigarlos, porque nadie escarmienta en cabeza ajena. Y puesto que se trata de prevenirlos, hay que declarar la guerra al pulque.

El pulque es nuestro gran elector de criminales. Vedlo: parece inocente, se viste de blanco á semejanza de las novias. . . pero no es inocente. . . también muchas de las novias que se visten de blanco no son inocentes. Dicen que es bueno para la salud, porque ahora resulta que los venenos son muy higiénicos y que no podemos vivir sino envenenados. ¡Pero desconfiad de esa blancura! El indio no gasta más que en tres cosas blancas que absorben casi todo su presupuesto: en manta para vestirse, en pulque para beber y en cera para los santos y los muertos.

El día en que no entra pulque á México, casi no entran criminales á la cárcel. De modo que cuando entra el pulque, entra por la garita y á ciencia y paciencia del Gobierno, cuyos agentes salen respetuosamente á recibirlo, un gran criminal á la cabeza de su ejército. Entra á Roma Atila.

¿Veis esos cueros que parecen pulqueros decapitados? Pues esos gordos son los asesinos.

Yo no pido que se prohíba la entrada de esos caballeros, puesto que vienen con el carácter de médicos. En realidad, puesto que no podemos dar de comer al pueblo, es caritativo darle de beber. No estoy en absoluto contra el pulque; pero sí estoy contra las pulquerías.

¿El pulque es medicinal? Perfectamente! Pues que se venda en las boticas. O, para proponer algo más práctico, que se permita venderlo en las pulquerías, pero que se prohíba beberlo en ellas. Hay muchas cosas que el Código no puede prohibir, pero que tampoco consiente en que se hagan públicamente y en la calle. Y una de ellas debe ser la embriaguez. ¡Dejemos que se ampare á la sagrada sombra del hogar!

En la casa, *at home*, están precisamente los interesados en que el marido, querido, padre, hijo ó lo que sea, no se emborrache. El hombre gasta todo su jornal en pulque fuera de la casa, lejos de la mujer que le exige el dinero para la comida. Llegando á la casa con su *raya*, por fuerza dará algo para la familia, y ese algo más que comerán sus hijos, será algo menos que beba él.

En la pulquería están los amigos que invitan, son invitados, y excitan el amor propio de los mexicanos que somos y hemos sido siempre tan gastadores y tan confiados en la misericordia de Dios que da de comer á los pájaros y viste gratis á los lirios; en la pulquería está el pleito, está la riña, la provocación, el insulto y el cuchillo.

Tolérese la embriaguez; pero no se permitan clubs ó casinos de borrachos. Y esto lo digo no sólo por los que beben pulque, no obstante que son ellos, por el número, por la ignorancia y por el instinto, los más peli-

grosos; sino también por los que beben cognac en la cantina ó tequila en la tienda.

Usted, caballero, nacido en este hermoso clima de México, tan lleno de libertades y de pulmonías, tiene el derecho de embriagarse, pero, una vez ébrio, se le obliga á escoger entre ir á su casa ó ir á la cárcel. Usted es un peligro, como una atarjea descubierta. Usted es un loco voluntario, de guardia nacional, pero á los locos la policía los recoge.

Ya relegados al hogar los ébrios, cometerán sin duda menos crímenes, porque siempre es más difícil y más raro el parricidio ó el uxoricidio que el simple asesinato cometido en riña.

Sobre todo, tendremos que cuidarnos de nuestros borrachos nada más; pero no de los agenos.

Medidas, y medidas muy rigurosas para reprimir la embriaguez, son las que debe dictar la autoridad. Cuando en algún jurado oigo alegar, como circunstancia atenuante, la embriaguez, me parece que dicen: este señor mató á su padre. . . . pero hay una circunstancia atenuante: ya antes le había cortado un brazo á su hijo.

Por otra parte, declarando obligatoria la instrucción primaria, decimos al ciudadano:

--Tú no tienes derecho á ser ignorante, no tienes derecho á sustraerte á la civilización, tu inteligencia, en cierto modo, pertenece al Estado que es el representante de la unidad.

Y ya que ese ciudadano, á costa de todos, sabe cuál es la O, quién fué Juárez y por dónde queda California, le agregamos:—ahora que ya cultivamos tu razón, puedes perderla en cualquiera cantina, y no sólo perderla, sino hacer gala de haberla perdido, y no sólo hacer gala de haberla perdido, sino atentar á la libertad, á la vida

y hacienda de tus conciudadanos; puedes sustraerte no únicamente á la civilización, sino también á la humanidad, convertirte en un bruto, y esto no de manera oculta y vergonzante, sino en público. Allí están los gendarmes para llevarte del brazo á tu domicilio. Si te caes te levantarán. Si cometes un crimen, diremos en tono suplicante á la justicia:—Disculpado! ¡Estaba ebrio!—Como si dijéramos:—Perdonad á este parricida! ¡El pobre es huérfano!

Esto, á mi juicio, es absolutamente ilógico.

Castigamos el suicidio, es decir, no lo castigamos, por lo mismo que no se puede despedir de ningún empleo al que está cesante; castigamos á los suicidas dados de baja y no castigamos á los suicidas en actividad.—¡Qué infame! ¡Se mató!—¡Pobre! ¡Se está matando!

Lo que el General Rincón Gallardo ha ordenado á los expendedores de pulque, con el fin de impedirles presidir congresos antihigiénicos ó de futuros cirujanos contra la voluntad del paciente, honra á tan hábil y entendido gobernante. El no es súbdito de la reina Xochitl, que Dios haya perdonado, sino caballero gran cruz de la orden del Orden.

EL DUQUE JOB.

UNA SANTA.

Hay existencias que pasan sin hacer ruido, como corrientes apacibles de agua límpida. Sólo ven el cielo, y el fango de su cauce está tan hondo que ellas no lo miran ni lo descubren los extraños. Hay vidas empapadas en virtud; hay vidas santas. Los que todavía no somos muy malos, sentimos tristeza al contemplarlas; el perverso siente ira. Por eso las calumnia, por eso las ridiculiza y hace mofa de ellas, sin comprender el infeliz que, al agraviarlas, les proporciona la inmensa dicha del perdón.

Sé de una santa que acaba de dormirse para siempre y que cruzó por el minuto humano como la mártir cristiana de Paul Delaroche, flotando sobre las olas, con los brazos cruzados y la mirada, rediviva, vuelta á Dios. Sé de una alma que tuvo fe sin esperanza, porque no esperó jamás premio del mundo y temía siempre—así era su inocencia!—los castigos eternos. Sé de una vida empleada sin descanso, en hacer bienes. Sé de un espíritu solitario y triste que acompañaba á todos los espíritus dolientes.

Y esa santa, era ladrona. Se robaba las penas de todos para sentirlas ella. Se las robaba para conocerlas y—ya conociéndolas—aliviarlas. Su palabra fué siempre una promesa: promesa de pan, promesa de cariño, promesa de bienaventuranza. Y nadie la amó de amor aunque todos en el alma la quisieron. Acaso adivinaban que no era para el hombre, sino que era para Dios.

Tuvo la belleza; pero esa belleza inspiraba el respeto que inspiran los cálices sagrados. Su juventud fué nada más un crecimiento de alas. Casi le disgustaba el ser bonita. ¿Para qué?

De modo que la vida nunca la manchó... porque el amor suele manchar. El egoísmo no entró en ella ni aun trasformado en deber honestamente; en deber de la esposa para con el esposo, en deber de la madre para con los hijos. Pobrecita enfermera de todos los cuitados, á todos ellos les pertenecía. Nunca fué madre y deja muchos huérfanos.

¡Cuánto sufren los que sufren por muchos! ¡Cuánto sufriría ella! ¡Ah! ¡Debe de gozar intensamente ahora, porque existe sin duda, la Suprema Justicia! A haber sido rica todo lo habría dado. No lo era, y daba mucho. Pedía limosna para los demás. Poniéndose el pobre tápalo negro iba de casa en casa mendigando, pidiendo en las boticas medicamentos para los enfermos menesterosos, ayudando á bien morir y á bien vivir. Recibía duras repulsas; escuchaba frases agrias; pero no dijo nunca una palabra de reproche ó de rencor. Cuando contaba—rara vez—tales ofensas, pedía muy luego que le perdonaran el haberlas referido. Desde que ella era niña fué á posarse en sus labios la sonrisa de la resignación.

¡Ay! ¡Duele mucho que nos arranquen esas almas! Hacen falta en la tierra porque sin ellas sería irrespirable la atmósfera humana. Aquí nos ahogamos y sólo esas manos hechas á dar limosna y á curar enfermos y á cerrar los ojos de los moribundos, pueden abrir las ventanas por donde entra aire puro y por donde se ve un trozo de cielo. Sólo esos corazones, que también son nuestros, ayudan á vivir y arrojan sangre nueva á nuestras venas. Ya se me fué la santa de que hablo, y en mí

templo, en el templo vacío que alumbraba el tenebrario, de ceras amarillas, queda otra hornera vacía... sola!

Sin embargo, como creo que esas vidas no se extinguen, que la sombra no absorbe esas blancuras, que hay seres á quienes vemos con los ojos abiertos, y seres á quienes vemos con los ojos cerrados, en el misterio de la meditación y del sueño, siento la influencia de esa alma en la mía propia, y pensando en aquella me siento bueno... por algunos instantes, desdichadamente.

¿Qué compensación tuvo en su vida, toda de abnegación y sacrificios? La dicha de calmar y desvanecer dolores, es verdad; pero á mí, acaso porque soy malo, me parece poco. Creo que con esa dicha triste ha de comprarse la felicidad inalterable. Había dolor en esa satisfacción que sólo experimentan los espíritus privilegiados, y aquella alma ni siquiera tenía confianza en que sería recompensada al desligarse de la carne, porque siempre creyó que había hecho poco y que iba, después de la muerte, á sufrir mucho. Hizo el bien con muy tímida esperanza.

No, no quería irse. ¿Cómo, si hay en el mundo tantos desgraciados? ¿Cómo, si á tantos iba á hacerles falta?

Ahora bien, yo me pregunto: ¿puede existir la dicha, subsistiendo la memoria? ¿Tendrán los felices de allá arriba, que ser forzosamente ingratos? ¿Se comprende un bienaventurado que no tenga caridad? ¿Desde el cielo, no se mira el mundo?

Esto no puede ser: los que en la vida han sido buenos, sufriendo y gozando con serlo, seguirán siendo buenos y caritativos con nosotros, yo no sé de qué modo. Vendrán á vernos sin que les veamos. Influirán en nuestras acciones, sin que nos demos cuenta de ello.

Tenía mi santa una jovencita predilecta, por lo in-

fortunada. La dijo: quiero llevarte, ven conmigo, aquí hay mucha luz, el veintidós te espero. Y estaba la niña sana, rebosando vida, y hoy, día veintidós, ha muerto.

Hay que envidiar noblemente á los buenos, porque únicamente la maldad absoluta y monstruosa les odió en vida, y porque son los verdaderos inmortales. ¿No observais cómo persiste su sér corpóreamente en nuestro recuerdo? Ya difuntos los vestimos de blanco nada más; pero siempre son ellos irradiando luz. Aquí, por ejemplo, está mi santa. Ignoro en dónde; pero cerca. No me extrañaría oír su voz... verla entrar. Para mí no ha muerto, precisamente porque para el mundo había muerto desde antes.

Las apariciones de los que fueron dispensadores de bondad y de ternura, no pueden intimidar. ¿Y por qué? Porque, dado que tal aparición fuera posible, no deberíamos llamarla así, puesto que, en realidad, no han desaparecido. Si revivieran preguntaríamos: ¿qué otro bien van á hacer?

Esos labios que sólo han amado la plegaria y el beso más casto; esos ojos que sólo han visto muchas penas, imposible es que se cierren para siempre. Yo no le digo á mi santa: ¡duerme! ¡descansa!—No! Le digo: ¡despierta! ¡vive! ¡sígueme! ¡ayúdame! como tú puedas, como tú quieras... Oyeme! Háblame!

Suele el ánimo ser eco de ruidos cuya procedencia ignoramos. A veces nos caen lágrimas de pupilas invisibles. Otras oímos una voz que nos aconseja ó nos consuela ó nos reprende. Y estamos solos, enteramente solos al oírla, y la voz suena junto de nosotros. Por eso tal vez escucho ahora la que resonó á fines del siglo XII en toda la Umbría y en Asís con más fuerza: PAZ y BIEN.

EL DUQUE JOB.

Los Pecados Capitales.

Me propongo hacer una defensa de los pecados capitales, y comienzo por el primero que me viene á las mientes: la pereza. La pereza es santa. El trabajo vino al mundo con el pecado: es un hijo del diablo. Mientras el hombre fué bueno, á semejanza del Creador no trabajó. Adán, en el Paraíso, era un holgazán. Dios, pues, hizo al hombre para que fuera lo que hoy llamamos un ocioso. Se necesitó la intervención del diablo para convertir á aquel espíritu contemplativo en un sér laborioso. El trabajo, por consiguiente, es un castigo.

Los que pueden eximirse de él, constituyen en todas partes las aristocracias. La misma aristocracia de la virtud es una aristocracia estática. Marta, según el Evangelio, vivía más cerca de Jesús que Magdalena.

Ante todo, ¿á qué llamais pereza? Si es á la cesación de toda actividad, esa pereza no es la mía. Esa pereza es la anquilosis del espíritu. La mente tiene alas que se mueven siempre. Cuando su vuelo es perceptible para todos, el vulgo dice que trabaja. Cuando planea en esferas superiores, inaccesibles para la vista de la muchedumbre, se le cree amodorrada. También suponen á la tierra ociosa cuando la cubre con sus nieves el invierno. Pero abajo, en el gran laboratorio, no se suspende nunca la poderosa gestación. El invierno es el cano fabricante de las rosadas primaveras. Pero es un trabajador pudoroso que no entrega á la multitud sus secretos. No solicita aplausos, y cuando la Prima-

vera rompe su crisálida, y abre las jaulas de oro en que sus aves multicoloras yacían presas y vuelca las colosales cestas de mimbre derramando sus flores á millares, nadie llama al autor de este prodigio. Allí está el triste invierno, entre los bastidores empolvados. Es el padre que casa á su hija, goza en verla hermosa y se retira tristemente al hogar.

La pereza es pudor. Soñar es crear y crear es trabajar. El trabajador se remanga la camisa y desnuda su pecho velludo delante de todos. Es el herrero junto á la fragua. La pereza trabaja ocultamente, en donde nadie pueda verla. Es la virgen que desabrocha lentamente su corsé, bajando los párpados para no verse desvestida en el espejo.

Yo admiro al trabajador. Es el Alcides de fornidos miembros que golpea el yunque y maja el hierro. El trabajador es altivo: lo que le imponen como pena, conviértelo en placer. No dobla la rodilla ni demanda perdón. Es orgulloso. La pereza es virgen. Se refugia en la alcoba, da dos vueltas á la llave, y oye sin responder al esposo que toca la mampara. Pero ¿acaso porque la virgen no se despoja de sus ropas delante de nosotros, como Frinea frente á sus jueces, ha de ser menos bella? ¿Sabeis lo que tarda la germinación de una idea bella en el cerebro? ¿Medís el trabajo interno del entendimiento?

El artista trabaja cuando escucha, en medio de la noche, el canto del ruiseñor escondido en las hojas del granado. El artista trabaja cuando besa una cabellera rubia, ó cuando admira en la mitad del Océano, una puesta de sol. Acopia materiales; recoge líneas; aglomera colores. Cuando el recuerdo los haya distribuido en forma armónica, la estatua, el canto, el verso brota-